

Olímpico desprecio

1. • Los miembros del COI son un grupo de vividores que se llevan las ganancias del esfuerzo deportivo



ARNAL BALLESTER

JOSÉ ANTONIO Martín Pallín*

Copenhague es una de esas ciudades que no te deja indiferente. Los daneses siempre me han parecido más epicúreos que sus congéneres de Suecia, Noruega y Finlandia. La primera vez que me acogió, se apoderó de mis recuerdos y siempre ha sido una de mis íttacas particulares. Los recuerdos se han avivado con ocasión de los episodios olímpicos de estos días. No puedo entender que una ciudad o un país ponga todos sus esfuerzos económicos, políticos, diplomáticos y dialécticos al servicio de un objetivo tan banal como lograr que unos Juegos Olímpicos marquen un antes y un después en el proyecto vital y económico de una sociedad.

En la época de las comunicaciones globales, basta con encender el televisor para contemplar todas las variantes que ofrecen unos Juegos Olímpicos. No creo que ningún ciudadano medio considere un fracaso histórico la pérdida de una candidatura olímpica. Me parece ridículo que, ante el rechazo, salgan a relucir los eternos complejos que algunos siguen cultivando. Nos han rechazado porque era la hora de Suramérica y no por envidia ni por desprecio a nuestros esfuerzos, gastos y fastos.

Es cierto que los organizadores de la candidatura de Madrid para los JJOO del 2016 han trabajado intensamente y han estado a la altura de ciudades tan importantes como Tokio o Chicago. Todo lo que se ha incorporado al esfuerzo de los imaginativos creadores de fantasías nos puede valer para demostrar que estamos al nivel, por lo menos en publicidad, de las mejores potencias, como Japón o EEUU.

Lo que merece la pena es el trabajo cotidiano, la iniciativa industrial, comercial o artística, los diseños innovadores y la utilización inteligente de nuestras potencialidades turísticas. No sería admisible ni digno abrir un paréntesis hasta el momento de solicitar los Juegos del 2020, y así interminablemente. Esa implícita incitación a la desmovilización hasta la próxima oportunidad me parece peligrosamente intoxicadora y un gravísimo lastre para los verdaderos objetivos que tiene que marcarse una capital como Madrid.

El espectáculo de Copenhague ha alcanzado unas dimensiones políticas desproporcionadas. Es preocupante que los jefes de Estado de EEUU, Brasil y España y el primer ministro de Japón decidieran, sin ponerse de acuerdo, aportar su representatividad política para lograr que unos mercaderes del deporte les vendiesen sus votos. Nunca la política alcanzó simas tan bajas.

El Comité Olímpico Internacional (COI) no podía pensar que se iba a convertir en un lugar de peregrinación al que acudirían mediáticamente las primeras potencias mundiales, encabezadas por sus primeros dignatarios. Nunca tanta mezquindad o mercadeo mereció tanto interés político. Este grupo de personas, cuyos ingresos y nivel de vida resultan por lo menos llamativos, merecerían una investigación de los inspectores de Hacienda o del Grupo de Acción Financiera (GAFI). Se han convertido en sanedrín al que acuden los jefes políticos del mundo para cabildear como comerciantes, mendigando sus votos y no por un plato de lentejas. El espectáculo ha sido bochornoso y espero que se haya aprendido la lección para no repetirlo. Imbuidos de la prepotencia que les proporciona el desfile de jefes de Estado y de Gobierno, 49 personas, se han permitido todo género de desaires y chalaneos.

Obama no debió acudir a la puja. Muchos valoramos su mensaje nuevo y sentimos que lo haya deteriorado en el templo de los mercaderes. No obstante, me atrevo a preguntar: ¿esos próceres del deporte hubieran humillado a un presidente norteamericano de filiación republicana (como **Bush**), echándole del concurso a las primeras de cambio? ¿Que hacían **Lula** y el Rey en ese chalaneo? Menos mal que los japoneses conservan la sabiduría y no sacaron a su emperador a exponerlo como un juguete ante un conclave de aprovechados que nunca pensaron que podían alcanzar tanto honor y tanto cortejo.

¿De verdad son necesarios unos Juegos para realizar obras de infraestructura, mejorar las comunicaciones, elevar el rango de nuestra hostelería y mejorar la oferta cultural y de ocio? ¿Estamos en condiciones de invertir en un estadio olímpico que se convierta en un fósil, como la Cartuja de Sevilla? Basta ya de falta de respeto a los ciudadanos. Es fácil tocar su fibra sensible y congregarlos para demostrar que somos la ciudad que más apoya una sede olímpica. Somos bastantes los que hemos respirado aliviados ante el rechazo de los trileros del COI. Lo hecho, hecho está, y puede servirnos para promocionar a Madrid como centro de congresos científicos y turismo cultural, pero ya está bien de fastos inútiles y paralizantes. La médula ciudadana debe responder a los estímulos que nos presentan a diario las conquistas y mejoras que están en el horizonte. Descansen en paz los miembros del Comité y enviémosles nuestro olímpico desprecio. Solo son un grupo de vividores que se llevan parte de las ganancias de los que con su esfuerzo deportivo consiguen logros que rentabilizan descaradamente.

* Magistrado. Comisionado de la Comisión Internacional de Juristas.